

Conocí que le habian gustado mucho al canónigo estas últimas palabras, y no le gustó menos la que le dí de estar siempre pronto y obediente á las órdenes de la señora Jacinta. Queriendo, pues, pasar por un criado que no temia trabajo ni fatiga, procuré servir en un todo con el mayor celo y el mejor modo que me era posible. Nunca me quejé de que pasaba sin dormir todas las noches, sin embargo de que se me hacia esto muy cuesta arriba. A no ser por la esperanza del legado, presto me hubiera cansado de una vida tan penosa; bien es verdad que descansaba y dormia algunas horas entre dia. El ama (á la cual debo hacer esta justicia) cuidaba mucho de mí; lo que debo atribuir al esmero con que procuraba yo grangearme su voluntad con todo género de modales atentos y respetuosos. Cuando comiamos juntos ella y su sobrina, que se llamaba Inesilla, estaba yo pronto á mudarles de platos, á servirles de beber, y en fin á hacer con ellas lo que haria el mas fiel y mas leal criado. Por estos medios llegué á conseguir su amistad. Un dia que la señora Jacinta habia salido á hacer no sé qué compras, hallándome solo con Inesilla, comencé á darle conversacion, y le pregunté si vivian todavía sus padres.—¡Oh! no, me respondió la niña: mucho tiempo ha que murieron, segun me lo ha dicho mi tia, porque yo nunca los conocí. Creíla piadosamente, aunque su respuesta no fué muy categórica, y la fuí poniendo en tanta gana de hablar, que poco á poco me dijo mas de lo que yo queria saber. Descubrióme, ó, por mejor decir, descubrí yo por su sencillez, que la señora tia tenia un amigo que estaba en casa de un antiguo canónigo en calidad de mayordomo, y que tenian ajustado entre los dos aprovecharse de la herencia de sus amos, y gozarla en paz por medio de un casamiento, cuyos privilegios disfrutaban de antemano. Ya dejo dicho que la señora Jacinta, aunque algo entrada en años, se mantenía de muy buen parecer. Es verdad que ningun medio perdonaba para conservarse bien. Por otra parte dormia con sosiego mientras yo estaba en pié velando al amo. Pero sobre todo lo que mas contribuía á mantener en ella aquel color vivo y fresco era, segun me dijo Inesilla, una fuente que tenia en cada pierna.

ell



CAPÍTULO II.

Qué remedios suministraron al canónigo habiendo empeorado en su enfermedad; lo que resultó, y qué dejó á Gil Blas en su testamento.



ERVÍ tres meses al señor licenciado Cedillo sin quejarme de las malas noches que me daba. Cayó malo al cabo de este tiempo; entróle calentura, y con ella se le irritó la gota. Recurrió á los médicos, siendo la primera vez que lo hacia en toda su vida, aunque habia sido larga. Llamó determinadamente al doctor Sangredo, á quien tenian en Valladolid por otro Hipócrates. La señora Jacinta hubiera querido mas que el canónigo ante todas cosas comenzase por hacer testamento; pero ademas de que no le parecia á él que estaba de tanto peligro, en ciertas materias era un poco caprichoso y testarudo. Fuí, pues, á buscar al doctor Sangredo, y condújele á casa. Era un hombre alto, seco y macilento, que por espacio de cuarenta años, á lo menos, tenia continuamente empleada la tigera de las parcas. Su exterior era grave, serio, con un sí es no es de desdeñoso; su voz gutural, sonora y ahuecada; pronunciaba las palabras con un tantico de recalcamiento, lo que á su parecer daba mayor nobleza á las espresiones. Parecia que media sus discursos geométricamente, y era singular en sus opiniones.

Despues de haber observado al enfermo, comenzó á hablar así en tono magistral:—Trátase aquí de suplir el defecto de la transpiracion escasa, dificultosa y detenida. Otros médicos ordenarian sin duda en este caso remedios salinos, urinosos y volátiles, que por la mayor parte tienen algo de azufre y mercurio; pero los purgantes y los sudoríficos son drogas perniciosas inventadas por curanderos. Todas las preparaciones químicas me parecen invenciones para arruinar la naturaleza; yo echo

mano de medicamentos mas simples y seguros.—¿Qué es lo que vd. acostumbra comer? preguntó al enfermo.—Comunmente cubiletes y manjares jugosos, respondió el canónigo.—¿Cubiletes y manjares jugosos! exclamó suspenso y admirado el doctor; ya no me maravillo de que vd. haya enfermado. Los manjares deliciosos son gustos emponzoñados, lazos que la sensualidad arma á los hombres para destruirlos con mayor seguridad. Es preciso que vd. renuncie á todo alimento de buen gusto: los mas desabridos son los mas propios para la salud. Como la sangre es insípida, está pidiendo alimentos análogos á su naturaleza. ¿Y bebe vd. vino? le volvió á preguntar.—Sí, señor, pero aguado, respondió el enfermo.—¿Qué dice vd. aguado! exclamó el doctor. ¿Qué desórden! ¡qué espantoso desarreglo! Debía vd. haberse muerto cien años ha. ¿Y qué edad es la de vd?—Voy á entrar en sesenta y nueve años, repuso el licenciado.—Justamente, continuó el médico, la vejez anticipada siempre es fruto de la intemperancia. Si vd. hubiera bebido solo agua clara toda su vida, y usado de alimentos simples, como manzanas cocidas, por ejemplo, y guizantes ó judías, no se veria ahora atormentado de la gota, y todos sus miembros ejercerian todavía fácilmente sus respectivas funciones. Con todo, no desconfío de restablecerle, como se entregue ciegamente á cuanto yo ordenare. El canónigo, aunque gustaba de buenos bocados, ofreció obedecerle en todo y por todo.

Entonces Sangredo me dijo fuese prontamente á llamar á un sangrador que él mismo me nombró, y le hizo sacar á mi amo seis tazas completas de sangre, para empezar á suplir la falta de transpiracion. Despues dijo al sangrador:—Maese Martin Oñez, dentro de tres horas volved á sacarle otras seis, y mañana repetireis lo mismo. Es error creer que la sangre sea necesaria para la conservacion de la vida: por mucha que se le saque á un enfermo, nunca será demasiada. Como en tal estado apenas tiene que hacer movimiento ni ejercicio, sino el preciso para no morir, no necesita mas sangre para vivir que la que ha menester un hombre dormido. En uno y otro la vida solo consiste en el pulso y en la respiracion. No creyendo mi buen amo que un tan gran médico pudiese hacer falsos silogismos, convino en dejarse sangrar. Despues que el doctor ordenó frecuentes y copiosas sangrías, añadió era tambien preciso dar de beber al enfermo agua caliente á cada paso, asegurando que el agua en abundancia era el mayor específico contra todas las enfermedades. Con esto concluyó su visita, y se fué diciéndonos á la señora Jacinta y á mí que él salia por fiador de la salud del señor canónigo, con tal que se observase á la letra todo lo que acababa de prescribir. El ama, que quizá juzgaba todo lo contrario de lo que él se prometia de su método, le dió palabra de que se observaria con la mas escrupulosa



esactitud. Con efecto, inmediatamente pusimos á calentar agua; y como el doctor nos habia encargado tanto que fuésemos liberales de ella, luego le hicimos beber cinco ó seis cuartillos: una hora despues repetimos lo mismo, y de tiempo en tiempo volviamos á ello, de manera que en el espacio de pocas horas le metimos un rio de agua en la barriga. Ayudándonos por otra parte el sangrador con la cantidad de sangre que le sacaba, en menos de dos dias pusimos al pobre canónigo á las puertas de la muerte.

Ya no podia mas el buen eclesiástico, y presentándole yo un gran vaso del soberano específico para que le bebiese:—Quita allá, amigo Gil Blas, me dijo con voz desmayada, ya no puedo beber mas. Conozco que me es preciso morir, á pesar de la grande virtud de la agua, y que no me siento mejor, aunque apenas me ha quedado en el cuerpo una gota de sangre: prueba clara de que el médico mas hábil y mas sabio del mundo no es capaz de prolongarnos un instante la vida cuando llegó el término fatal. Es ya necesario disponerme para partir al otro mundo. Anda, pues, y traeme aquí un escribano, que quiero hacer testamento. Cuando oí estas palabras, que ciertamente no me desagradaron, fingí entristecerme muchísimo; y disimulando la gana que tenia de ejecutar cuanto antes el encargo que me acababa de dar, como hace en tales casos todo heredero:—¡Oh, señor! le respondí, dando un profundo suspiro, no está su merced tan malo, por la misericordia de Dios, que todavía no pueda esperar levantarse.—No, no, hijo mio, repuso; esto ya se acabó. Estoy viendo que sube la gota, y que la muerte se va acercando: ve, pues, y haz cuanto antes lo que te he mandado. Conocí efectivamente que se le mudaba el semblante, y que iba perdiendo terreno por instantes; por lo que persuadido de que el asunto estrechaba, marché volando á ejecutar lo que me habia ordenado, dejando con el enfermo á la señora Jacinta, la cual temia aun mas que yo, que nuestro canónigo se nos muriese sin testar. Entréme en casa del primer escribano que encontré:—Señor, le dije, mi amo el licenciado Cedillo está acabando; quiere hacer su última disposicion, y no hay que perder tiempo. Era el escribano un hombre rechoncho y pequeñito, de genio alegre, y amigo de bufonearse.—¿Qué médico le asiste? me preguntó.—El doctor Sangredo, le respondí.—Pues vamos, vamos apriesa, repuso él cogiendo apresuradamente la capa y el sombrero, porque ese doctor es tan espeditivo, que no da lugar á los enfermos para llamar á los escribanos. Es un hombre que me ha hecho perder muchos testamentos.

Diciendo esto, salimos juntos, andando aceleradamente para llegar antes que el enfermo entrase en agonía; y yo dije en el camino al escriba-

no:—Ya sabe vd. que á un pobre testador cuando está enfermo suele faltarle la memoria, por lo que suplico á vd. que, si es menester, le haga algun recuerdo de mi lealtad y de mi celo.—Yo te lo prometo, me respondió, y fiate de mi palabra, pues es justo que un amo recompense á un criado que le ha servido bien; y así por poco que le vea inclinado á pagar tus servicios, le ecshortaré á que te deje alguna buena manda. Cuando llegamos á casa hallamos todavía al enfermo despejado, y con todos sus sentidos. Estaba junto á él la señora Jacinta, bañado el rostro en lágrimas. Acababa de hacer bien su papel, disponiendo al canónigo á que le dejase lo mejor que tenia. Quedó el escribano solo con el amo; y los dos nos salimos á la antesala, donde encontramos al sangrador que venia á hacerle otra sangría.—Deténgase, maese Martin, le dijo el ama; ahora no puede entrar, porque está su merced haciendo testamento. Le sangraris á vuestro placer luego que acabe.

Estábamos con gran temor la beata y yo, de que muriese en el mismo acto de testar; pero por fortuna se formalizó el instrumento que nos ocasionaba aquella inquietud. Vimos salir al escribano, que, encontrándome al paso, dándome una palmadita en el hombro, y sonriéndose, me dijo:—*No ha sido echado en olvido Gil Blas*: palabras que me llenaron de alborozo, y agradecí tanto la memoria que mi amo habia hecho de mí, que ofrecí encomendarle muy de veras á Dios despues de su muerte, la que tardó poco en suceder; porque habiéndole sangrado otra vez el sangrador, el pobre viejo, que ya estaba casi ecsangüe, espiró en el mismo momento. Apenas acababa de ecshalar el último suspiro, cuando entró el médico, que se quedó cortado y mudo, no obstante de estar tan acostumbrado á despachar cuanto antes á sus enfermos: con todo eso, lejos de atribuir su muerte á tanta agua, y á tantas sangrías, volvió las espaldas, diciendo con frialdad que habia muerto porque le habian sangrado poco, y no dádole bastante agua caliente. El ejecutor de la medicina, quiero decir el sangrador, viendo que ya no era necesario su ministerio, se marchó tambien, siguiendo al doctor Sangredo, diciendo uno y otro que desde el primer dia habian desahuciado al licenciado. Y en efecto, casi nunca se engañaban cuando pronunciaban semejante fallo.

Luego que vimos muerto á nuestro amo, la señora Jacinta, Inesilla y yo comenzamos un concierto de fúnebres alaridos, y tales que se oyeron en toda la vecindad. La beata sobre todo, que tenia mayor motivo para estar alegre, levantaba el grito con lamentos tan funestos, que parecia la muger mas afligida del mundo. En un instante se llenó la casa de gente, atraida mas de curiosidad que de compasion. Los parientes del difunto se presentaron tambien muy pronto, y hallaron tan desconsolada á la beata, que se persuadieron que el canónigo habia muerto *ab intes-*

tato. Pero tardó poco en abrirse á presencia de todos el testamento dispuesto con las formalidades necesarias: y cuando vieron que el testador dejaba las mejores alhajas á la señora Jacinta y á la niña, pronunciaron una oracion fúnebre del canónigo poco decorosa á su memoria, motejando al mismo tiempo á la beata, sin olvidarme á mí, que verdaderamente lo merecia. El licenciado, en paz sea su alma, para obligarme á que no me olvidase de él en toda mi vida, se esplicaba así en el artículo del testamento que hablaba conmigo:—*Item, por quanto Gil Blas es un mozo que tiene algun baño de literatura, para que acabe de perfeccionarse y se haga hombre sabio, le dejo mi librería con todos los libros y manuscritos, sin esceptuar ninguno.*

No sabia yo donde podia estar la tal soñada librería, porque en ninguna parte de la casa la habia visto jamas. Solo habia sobre una tabla en el cuarto del canónigo cinco ó seis libros con algun legajo de papeles; y los tales libros no podian servirme para nada. Uno se titulaba: *El Cocinero perfecto*; otro trataba de la *indigestion, y del modo de curarla*; los demas eran las cuatro partes del breviario, medio roidas de la polilla. En cuanto á los manuscritos, el mas curioso era todos los autos de un pleito que habia seguido el canónigo para conseguir la prebenda. Despues que ecsaminé mi legado con mayor atencion de la que él se merecia, se lo cedí á los parientes del difunto, que tanto me le habian envidiado. Entreguéles tambien el vestido que tenia á cuestras, y volví á tomar el mio, contentándome con que me pagasen mi salario, y fuíme á buscar otra conveniencia. Por lo que toca á la señora Jacinta, ademas del dinero y alhajas que el canónigo le habia dejado, se levantó con otras muchas cosas que ocultamente habia depositado en su buen amigo durante la enfermedad del difunto.

